



Patrones

He aquí algunos datos sobre mí:

Me llamo Ted Spark.

Tengo doce años y 281 días.

Tengo siete amigos.

Hay nueve mentiras en la carpeta plateada que guardo en el cajón de mi mesa con el rótulo *Mis mentiras*.

De mayor voy a ser meteorólogo, porque quiero ayudar a la gente; me gustaría poder predecir las condiciones climáticas que puedan provocar situaciones feas de verdad, algo que sucederá cada vez con más frecuencia. El planeta se está calentando por el creciente aumento de gases de efecto invernadero en la atmósfera. Esto hace que suba el nivel del mar y que el clima se vuelva cada vez más extremo e imprevisible. Es muy interesante, y también muy preocupante; y no entiendo por qué mi familia –mamá, papá y mi hermana, Kat– no está tan preocupada como yo por ello.

Puede que sea por el cerebro tan raro que tengo, que funciona con un sistema operativo diferente al de otras personas. Hace que los patrones, como los climáticos, me parezcan



muy importantes; y también me ayuda a fijarme en cosas en las que nadie más se fija. Percibo enseguida la conexión que existe entre las cosas y relaciono lo que los demás no son capaces de relacionar. Me he dado cuenta de que todo sigue unos patrones, incluso los relatos, los personajes mitológicos y la poesía. Hay patrones allá donde mire.

Hace tres meses resolví el misterio de la desaparición de mi primo Salim, que se esfumó en una cabina de la noria de Londres delante de mis propios ojos y los de Kat. Mientras estábamos en la cola vino un hombre y nos ofreció una entrada gratis, que se quedó Salim; luego, a las 11:32 del lunes 24 de mayo, subió a la noria pero cuando la cabina en la que iba llegó abajo, a las 12:02, no lo vimos salir. Mamá, papá y la tía Gloria, que es hermana de mamá y la madre de Salim, creían que era imposible que hubiera desaparecido. Hasta la policía creía que era imposible.

Pero yo sabía que, aunque al principio algunas cosas parecían imposibles, al final, cuando las has comprendido, reconoces que tenían sentido. Por ejemplo, en el año 1700 hubo en América un terremoto que provocó un tsunami en Japón, a 10.150 kilómetros de distancia. Un tsunami es una ola enorme. En aquella época los japoneses a los que afectó ni siquiera sabían que existía América, pero aun así el tsunami arrasó sus casas. Esto, que es absolutamente cierto, demuestra que la historia sigue un patrón y que todo cuanto sucede lo causa otra cosa.

Cuando desapareció Salim, a Kat y a mí se nos ocurrieron nueve teorías posibles; una de ellas tenía que ser cierta. Yo lo sabía, y Kat y yo lo demostramos. Averiguamos cuál era la teoría correcta y encontramos a Salim; después, Salim y la tía Gloria se fueron a Nueva York, a un nuevo sistema meteorológico y a una nueva vida, y la tía Gloria a su nuevo empleo como conservadora en el Museo Guggenheim. (Mi enciclopedia dice que un conservador es alguien que cuida de los



cuadros y objetos artísticos y organiza exposiciones en galerías de arte). Nosotros seguíamos haciendo la misma vida, pero, cuando Kat, mamá y yo fuimos a visitarlos en mis vacaciones de verano de este año, resultó que el misterio de la noria de Londres no iba a ser el único misterio en nuestro universo.

Hace quince días, el primer día de vacaciones de verdad, robaron un cuadro en el Museo Guggenheim.

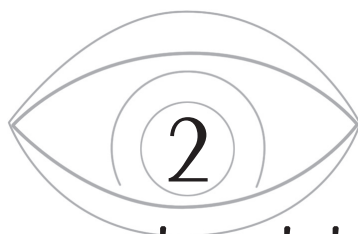
Todo el mundo dijo que el cuadro no tenía precio. Eso no es correcto. Deberían haber dicho que valía veinte millones de dólares en Nueva York, lo que equivale a dieciséis millones de libras si estás en Londres, donde vivimos mamá, Kat y yo. (Esto se debe a una cosa que se llama «tipo de cambio», que decide cuántos dólares puedes comprar con una libra, o al revés. El tipo de cambio no es siempre el mismo, lo cual me resulta muy curioso).

Me costaba mucho entender que un cuadro pudiera valer tanto. A diferencia de las fotografías, los cuadros no siempre muestran la realidad con exactitud. Yo entiendo que una fotografía puede ser valiosa porque te muestra lo que el fotógrafo estaba viendo en el momento de hacerla. A mi primo Salim le encanta la fotografía, y las suyas nos ayudaron a resolver el misterio de su desaparición. Al verlas puedo decir exactamente qué aspecto tenía el mundo cuando las hizo. Es como viajar en el tiempo. Los cuadros no son así, de modo que al principio el cuadro robado no me interesó mucho.

Pero luego echaron la culpa a la tía Gloria. La policía pensaba que lo había robado ella y quería meterla en la cárcel. Eso habría sido terrible para ella y también para Salim. Salim es mi primo y uno de mis siete amigos, así que sabía que tenía que ayudarle; debía recuperar el cuadro y demostrar que no era la tía Gloria quien lo había robado.

Ahora os voy a contar cómo Kat, Salim y yo lo demostramos.





Juegos de palabras

Papá llama a la tía Gloria el «Huracán Gloria». Es un nombre que le va muy bien, porque suele dejar «una estela de destrucción a su paso» (palabras de papá). En realidad, la tía Gloria no destruye cosas físicamente, lo que sucede es que arma mucho ruido y es muy caótica. El apodo que le ha puesto papá es un ejemplo de juego de palabras.

Papá me ha enseñado mucho sobre los juegos de palabras, que son frases o expresiones que parece que dicen una cosa pero en realidad quieren decir otra; por ejemplo: «llueve a cántaros» no significa que haya alguien en el cielo tirando cántaros, sino que está lloviendo mucho. Estoy aprendiendo bastante de los juegos de palabras, pero me lío con mucha facilidad y a veces me cuesta comprenderlos.

Yo sabía que iríamos a ver a la tía Gloria y a Salim a Nueva York antes de que nadie pensara en decírmelo. El 26 de julio, cuando yo ya debería estar durmiendo, a hurtadillas (lo cual no significa que estuviera hurtando algo, sino que pegué la oreja a la puerta del salón..., y no está bien hacer semejante cosa), escuché una conversación entre papá y mamá. Mamá y la tía Gloria acababan de hablar por teléfono y mamá le decía

a papá que la tía Gloria quería que fuéramos a Nueva York a visitarlos, a ella y a Salim.

—Creo que me echa de menos —dijo mamá—. El nuevo trabajo va bien de momento, pero ya sabes lo difícil que ha sido para ella llegar hasta ahí. —Yo sí que lo sabía, porque Nueva York está a 5.566 kilómetros y se tarda siete horas y cincuenta minutos en avión desde Londres—. Y Salim parece que se está adaptando, ¿no es maravilloso? Pero estaría bien que viera a sus primos. ¿Qué te parece, cariño?

Papá dijo que pensaba que iba a costar un montón de dinero, que mejor que nos llevara ella a Kat y a mí, pero que no contara con él, porque *alguien* tenía que ir a trabajar y ganar dinero para pagar la hipoteca y los uniformes del colegio y las consultas médicas de Ted. Sentí un descenso de la presión atmosférica y un frente frío entró en el salón. (Es un juego de palabras. Otra cosa que estoy aprendiendo. La temperatura al lado de la escalera, según el termostato de casa, era de 17 grados Celsius y no cambió).

—No seas así, cariño —dijo mamá tras una pausa—. Glo y Salim son nuestra familia. Tenemos que mantenernos unidos, sobre todo después de lo que pasó esta primavera. Imagínate, ¡a los niños les encantará! ¡Menudas vacaciones para ellos! Y... a lo mejor también le sienta bien a Kat.

Papá suspiró.

—A lo mejor —dijo—. Y a Ted también. Es necesario que vaya aprendiendo a arreglárselas con el resto del mundo.

El aire del salón se templó metafóricamente, pero a mi alrededor se formó una bolsa helada cuando me senté en la escalera. No me hizo ninguna gracia oír a papá decir aquello. Yo estaba muy a gusto en Londres. Conocía su geografía y su clima. Conocía el metro. No estaba seguro de que me hiciera falta viajar a otro país.

En el último trimestre en el colegio había aprendido detalles de algunos viajes que me hicieron ver lo peligroso y aborrecible que era viajar. Cuando Cristóbal Colón descubrió América en 1492, lo hizo por equivocación, pues iba buscando la India. Aquel periplo duró cinco semanas enteras. En realidad no es mucho tiempo comparado con lo que tardó Ulises, el legendario héroe griego, en cruzar el Mediterráneo en la *Odisea* (diecisiete años). Estos dos viajes me recordaron lo grande y confuso que puede ser el mundo y hasta qué punto es posible perderse en él.

¿Y si me perdía en Nueva York? ¿Y si no volvía a casa nunca?